

La política posmoderna y la Iglesia, a la luz de *La ruta antigua de los hombres perversos*.

Vivimos inmersos como peces que surcan los océanos inconscientes buscando qué llevarse a la boca o sobrevivir entre depredadores, en una sociedad hostil y enferma. Ya nos hemos tomado como normales las corrientes oceánicas que nos desplazan el voto de aquí allá, los kilómetros cuadrados de plásticos que vagabundean por nuestro Atlántico y Pacífico. Las oleadas de huracanes, las tormentas tropicales, los incendios. Se trata de guarecerse lo mejor posible hasta que pasen. Los virus que nos asolan son mucho más letales que la COVID19. El humus psicológico que nos rodea guarda ciertas analogías con el ecológico: ya hemos asumido las estadísticas de los suicidios. Son tantos que son meras estadísticas. ¿Qué podemos hacer? Nada. Dejémosle a la ciencia que fabrique pastillas más eficaces que nos anestesian frente al sufrimiento irreparable del desamor, el sinsentido, el fracaso, y la soledad.

El ambiente político es un escenario teatral de divos y divas que se mueven por la tarima elevada exhibiendo sus virtudes verborrágicas a sus seguidores tratando de desnudar las vergüenzas de sus ficticios oponentes. Pero todos sabemos que es un teatro de títeres para niños. En realidad, todos compartimos esta percepción, pero ninguno quiere aceptar que se son meros actores de un guion monótono. Sabemos que detrás del telón se enguantan sus muñecos para hacer de lobo, de tonto, de víctima, alternativamente, y que nos entretienen golpeándose mutuamente. Se basa en una ilusión perceptiva que técnicamente se denomina *méconnaissance*. Sé, pero no quiero saberlo, que soy un mentiroso malvado y que mis intenciones no tienen nada que ver con las que digo que son. Mi acción no es un servicio público sino un culto narcisista al ego. Eso sí, como sé, pero no quiero reconocerlo, que no digo ni pienso lo que digo que pienso y digo, creo que los demás están convencidos o deben convencerse de mis buenas intenciones. Nuestro sistema de comprensión del mundo es universal: en todos los continentes funciona de la misma manera.

El productor de la obra de teatro en la que actuamos se llama Estado. Cada vez más grande, más impositivo. Él, como un magnífico titiritero, nos dice a través de hilos que manejan nuestros deslavazados miembros qué es la verdad, qué debemos hacer, pensar, cómo debemos ser. Si nos salimos del proyecto, ya nos ha garantizado mediante sus leyes que vamos a ser expulsados del circo y arrojados a la intemperie. Seremos acusados de ser contraculturales, de no aceptar las reglas del juego que “todo el mundo acepta”, se nos considerará marginales, en el mejor de los casos, o enemigos del nuevo Padre, en el peor. Las persecuciones, los pogromos, los gulags, los campos de concentración son un mero anticipo reflejo de lo que va a ser la vida para aquel que se oponga al aparato estatal. Como es el Estado, a través de unos cuantos “expertos”, el que definirá qué es el bien, qué el mal, y el deber, aquel que no lo acate será expulsado como un criminal fuera de las murallas de la ciudad. Hoy la roca Tarpeya, o los cadalsos, son los medios de comunicación o la indiferencia.

LO que le pasa a la Iglesia hoy es lo que paradigmáticamente está expresado en el Libro de Job. Los amigos convencen a Job con sus palabras zalameras y artificiosas que es culpable de lo que le pasa. Algo debe haber hecho para que su sufrimiento sea tan grande y el daño irreparable. Es culpable de no se sabe qué crímenes. Ha caído en desgracia. Aquel que estaba llamado a ser el líder de su pueblo resulta que ha sido abandonado a su maldita suerte. La clave de bóveda que lograría tranquilizar nuestros edificios tambaleantes es que lo malo que nos sucede o podría

sucedernos siempre tiene un culpable. Eso nos tranquiliza, nos anestesia. Lo retorcido de los amigos del Job es que tratan de convertirle a su religión. La religión de que hay buenos y malos y que los malos son aquellos que reciben el castigo por sus pecados -los explícitos y los escondidos- y los buenos... ¿Quiénes son los buenos? Aquellos a los que todo le va bien. Este es el argumento sibilino que utiliza cierto calvinismo puesto en evidencia por Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Si formo parte de los elegidos puedo comprobarlo viendo si todo me va bien. Para que todo me vaya bien, he de esforzarme en que todo me vaya bien, para lo cual debo crear riqueza. En política, como en la economía, funciona cierto tipo de calvinismo. Para que todo me vaya bien, debo asegurarme de que a otros les vaya mal, y pueda señalarse a otro tercero en el momento oportuno como culpable, que me exima a mí de la responsabilidad de que a aquellos les vaya mal. Luego viene el discurso justificativo de que yo formo parte de los buenos y los otros son los malvados. Lograr esa identificación pública con el bien es tarea fácil. Se trata de conectar con el resentimiento y la envidia que se esconde detrás de cada hombre. Después, lanzar sobre el futuro la reparación de esa injusticia que se me ha hecho. Convencer al mayor número posible de que soy la persona indicada para marcar el camino para hacer que las cosas sean como “deben ser”. A ese proyecto deben sumarse todas aquellos que han sufrido ese agravio por parte de los culpables. En masa, unánime, es fácil vencer a los individuos singulares o los que se opongan.

Esta lógica descansa sobre un supuesto. «Se da por seguro que en el momento en que los “buenos” tomen por fin el poder y expulsen definitivamente a los “malos”, en definitiva, el día en que solo los buenos puedan disponer de la expulsión purificadora, todas las desviaciones cesarán para siempre»¹.

Esta expulsión es el resultado de una revolución de los sables o del domino sobre los medios, de las palabras. Puede ser manejando pistolas o manejando datos. La guerra actual es la guerra de los datos. Su manejo estadístico es tan maleable que puede hablarse ya “de verdad y mentira en sentido extramoral”. No podía imaginar Nietzsche cuan pronto sus ataques contra lo religioso serían aplicables a lo político. Este mecanismo social que legitima la violencia de los “buenos” es la conversión del lenguaje religioso en lenguaje político. Hasta en eso acertó: los buenos son los superhéroes de la justicia social. ¿A qué justicia se refiere? A aquella que Nietzsche más odiaba: la de las masas igualitaristas, envidiosas, y prisioneras del “resentimiento” que reivindican la eliminación de toda diferencia que les haga sentirse inferiores. Para esta eliminación hace falta introducir el término purificador, sanador: el sacrificio. “Nos duele tener que hacer esto, pero alguien debe ser sacrificado para que los demás, la mayoría, sobrevivan”.

Este libro de Girard es profético. «Como la tragedia griega, los Profetas y los Diálogos de Job, y los Salmos reflejan grandes crisis políticas y sociales, sí, pero también religiosas e inseparables de la decadencia de los sistemas sacrificiales todavía en uso en ambas sociedades. Estamos en el punto de intersección entre el espacio religioso todavía sacrificial en el sentido estricto y una política sacrificial en sentido amplio. En cierto sentido es ya posible traducir el discurso religioso en discurso político, y a la inversa»².

Estamos ante una nueva era de la superstición. Los nuevos sacerdotes del nuevo culto político nos hacen creer en supuestos hechos sin comprobar, y los transforman en causas eficaces de sucesos del mundo. Esta alquimia de las multitudes es la antesala de un mundo absurdo. El absurdo, nos enseñó Camus, es el contraste entre los deseos que anhelamos, con los que

¹ René Girard, *La ruta antigua de los hombres perversos*, Anagrama, Barcelona 1987. p.144.

² *Ibíd.*, p. 76.

soñamos, y la realidad caótica, azarosa, e incontrolable que se nos impone. Hay dos caminos o negar la existencia del mundo que se nos resiste y vivir encerrados en nuestro imaginario amable (esta es hoy en día una opción más que común: la gente le está cogiendo gusto a vivir conectado con el mundo solo a través de la TV e internet, si tienes medios de supervivencia). O intentar darle orden al mundo imponiéndole nuestra estructura: “me rebelo, luego existo”. Esta rebeldía adquiere a su vez dos formas posibles: una, el totalitarismo rampante fascista o comunista (con todo lo que ha llovido todavía no nos hemos dado cuenta de que se trata de las dos caras de la misma moneda, de gemelos mitológicos, por decirlo en lenguaje girardiano) ... La imaginaria carta que se está escribiendo dirigida a todos los resentidos, a los que les palpita dentro un aire de rebelión, empieza diciendo: “sumaos a mi forma de entender el mundo e impongámosla, ya que la verdad es nuestro número/masa, al resto de los ignorantes: ¡resentidos del mundo entero, uníos!”). Y, la otra, el nihilismo del “que les den a todos”, y mientras, la peste se expande. Por qué luchar contra el destino, quién quiere alterar el eterno retorno de lo mismo. La peste siempre vuelve, nos dirá Camus.

Esto pasa con el Estado, pero también dentro de la Iglesia. Algunos disfrazados de corderos, buenistas, piensan desde la perspectiva de víctimas resentidas, que ha llegado el momento de imponer su visión de la Iglesia. No se les acomoda ni este Papa, ni el Otro. Son ellos los que están en la verdad, y su verdad es la verdad del mundo. Piensan como todos los resentidos para los cuales la resurrección de Cristo no ha tenido lugar.

Para que la rebeldía sea verdadera hace falta el amor como motor, si no, no lograremos escapar de ser una mera masa de indignados. Formamos parte de esa masa de indignados, banco de peces, que siguiendo la estela de la historia inventa istmos para consolarse con el futuro prometedor, pero sin esperanza. Recuerdo la película *Las invasiones bárbaras*, en la que el protagonista que se está muriendo de cáncer repasa todos los istmos en los que él y sus amigos han ido buscando el sentido de la vida: “Hemos sido materialistas, marxistas, nihilistas, existencialistas, psicoanalistas, nacionalistas”, ... añadamos todos los istmos que queramos ... “Todo menos *cretinistas*”, añade uno de los invitados. A lo que el protagonista replica: “en absoluto, también hemos sido seguidores del cretinismo”. Y les recuerda un episodio de su vida en el que una guapísima profesora china de visita en la universidad de Quebec, con la que él quiso ligar hablando de las maravillas del maoísmo, de la que obtuvo una respuesta heladora. Ella había visto suicidarse a su padre en un acto de libertad por desesperación contra el régimen comunista chino, su madre había sido enviada a un campo de reeducación y ella había estado en la cárcel por disidente, vejada y humillada. Todo su maoísmo era el producto de una moda. “Sólo porque veíamos las películas de Jean-Luc Godard nos hicimos maoístas”. ¿Por cuántos istmos tendrá el hombre que pasar? La respuesta está en el viento... del Espíritu.

Hoy, ese nihilismo está entre nosotros. Lo hemos constituido en esperanza de supervivencia. Solo creemos en la salud. Lo que no sabemos es para qué queremos la salud. ¿Qué vamos a hacer con ella los días, las semanas, los meses que nos dure la ilusión de inmortalidad porque nos hemos visto libres de un virus? Somos unos esbeltos y saludables superhombres, que han temblado ante un virus, se han puesto de rodillas, y no se han dado cuenta de que tienen un virus más peligroso inoculado en las venas: el cretinismo. Es decir, creer que un cualquiera puede salvarnos de nuestro único enemigo... nosotros mismos. Rechazando la fe, nos hemos creído cualquier cosa. Huyendo de Dios hemos caído en los brazos de cualquier dios. Pensando que el judeo-cristianismo era una religión más, nos hemos fabricado otra que reclama sacrificios sangrientos, porque el de Cristo no ha valido para nada. Las consecuencias de nuestra construcción del mundo son catastróficas, porque “no es verdad que el hombre ... no pueda

organizar la Tierra sin Dios. Lo que es verdad es que, sin Dios, no puede, a fin de cuentas, más que organizarla contra el hombre”³. Al final este sometimiento al Padre Estado, se llame como se llame el sujeto político que lo represente, es la abolición del hombre, la abolición de la verdad, de la racionalidad, de la objetividad de un mundo preexistente a nuestra construcción de él. Vivimos en un sueño calderoniano en el que nuestra ilusa prepotencia nos hace dioses de un cielo utópico de igualitarismos monstruosos, de imperativos legales castrantes, de paranoias miedosas, de cárceles virtuales. Un infierno dantesco en escalda exponencial a la mutua desconfianza, a la soledad, a la violencia desatada. Lo peor de todo es que se esgrimirá la razón: «es por vuestra *minoría de edad*... necesitáis tutela, yo os “garantizo protección”, la salud... a cambio me entregáis vuestra libertad». No hay ningún Kant que nos anime a atrevernos a saber (*sapere aude* gritaba este prusiano famoso). Mientras contemplamos a los títeres pegarse y nos reímos con el apaleamiento del lobo malo, las calles se tiñen de sangre en EEUU, y en otros lugares del mundo por una u otra razón, qué más da. Volverán los linchamientos colectivos, las algaradas, los asaltos de las tiendas repletas de objetos deseados, las riadas de masas enloquecidas y resentidas. Aquí estamos calmos, porque los que las protagonizaban desde el resentimiento de las desfavorecidos son los están en el poder. Los resentidos del otro lado, que ahora no lo ostentan, protestan, pero tímidamente, porque estos creen en la ley y en el estado garantista mientras les vaya bien en lo económico. Todos unidos por un mismo resentimiento rival. Los amigos acusan. Job padece en silencio el exceso de mal en el mundo. Job tenía un defensor. Sabía de su inocencia. No tenía resentimiento, sólo estaba sobrecogido por el misterio del mal.

Fabrice Hadjhadj afirma lúcidamente que “se trata de luchar no sólo para no convertirse en inhumanos, sino sobre todo para seguir siendo humanos, sobre una tierra que sea habitable, es decir, digna de ser celebrada... El Papa Francisco constata que “la degradación ambiental y la degradación humana y ética están íntimamente unidas” y que “cualquier cosa que sea frágil, como el medio ambiente, queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertidos en regla absoluta. Ahora, la acogida de lo que es frágil y natural se realiza en primer lugar en la familia mediante el recién nacido ... [que] en su misma vulnerabilidad, nos manda que nos hagamos cargo de la creación»⁴. Sí, el mundo quiere salvar al planeta sin hombres que cuidar. La Iglesia puede caer en el mismo error porque la situación es lacerante para los más pobres. Poniendo el énfasis en esa situación insoportable, real, dolorosísima puede pensar como el mundo, como los amigos de Job: busquemos al culpable y matémosle. Perderemos al hombre si lo único importante es la asepsia del planeta. El problema está en otro sitio. Hay que re-evangelizar. El hombre necesita saberse Hijo de Dios, reencontrarse con el ser especial que es. Descubrir que ha obrado por ignorancia y egoísmo en la destrucción del jardín que se le regaló. El cristianismo es, para Girard, la vía de ese reencuentro. No ha dicho todavía la última palabra, sino la primera. La Revelación apenas está empezando. La iglesia tiene muchos campos de batalla: la ecología, la política, la justicia social, la pobreza, pero la más importante se libra en que se entienda bien el evangelio, en qué consiste la buena noticia que pervertimos en una noticia común y corriente, al modo pagano sacrificial.

“Nuestra pseudo ciencia de las religiones reposa toda entera bajo la convicción que no hay diferencia esencial entre todas las religiones. Esta confusión afecta al cristianismo histórico, lo determina hasta cierto punto. En nuestros días, el anticristianismo se esfuerza en perpetuarlo.

³ Henry De Lubac, *Le drame de l’atheisme atheé*, Spes, París, 1944. OC. Cerf, París, 1998 p. 10.

⁴ <http://www.familyandmedia.eu/es/novedad/oikos-o-la-relacion-hombre-mujer-en-el-marco-de-una-ecologia-integral/> (Nov.2016)

Se ajusta desesperadamente a la teología más sacrificial posible para no perder aquello que la refuerza, para creerse siempre capacitado para decir: el cristianismo no es más que una religión de la violencia entre otras, es más, la peor de todas. El Logos del Dios de las víctimas es casi invisible a los ojos del mundo. Cuando los hombres reflexionan sobre la forma en que Jesús lleva adelante su empresa, apenas ven algo más que su fracaso... sin apelación. Lejos de negar este fracaso, la gran teología cristiana lo afirma, pero para invertirlo a pesar de todo en una victoria explosiva. La muerte se torna en resurrección. El Logos expulsado "da el poder de convertirse en hijos de Dios" a todos aquellos que no lo expulsan, a todos aquellos que le "reciben"... la expulsión del Logos es el comienzo del fin para el reino de Satán. La derrota en el mundo significa en realidad la victoria sobre el mundo"⁵.

Para los sabios del mundo esto puede parecer una inversión fácil de desmitificar, como si fuera un "fantasma compensador", una especie de revancha imaginaria que trata de sobreponerse a una realidad inapelable. Y esto es lo que creen la mayoría de los cristianos cuando piensan que la derrota de Cristo se transformará en victoria en un más allá. Y así pasa también con las *figura Christi*, con Jesús mismo: o lo vemos como lo ve el mundo... un maestro de sabiduría más. ¿Un ser especial con una propuesta ética, o religiosa más, en el mercado de las éticas o de las religiones?

"Job y Jesús difieren en muchos puntos, pero se parecen en aquello que uno y otro dicen sobre aquello que les está pasando. El parecido se sitúa menos en los individuos que en las relaciones de esos individuos con los hombres que les rodean. Por razones diferentes pero que desembocan en el mismo resultado, esto es un Job cara a cara con su pueblo, como se puede decir de un Jesús enfrentado a las masas de Jerusalén y a las diversas autoridades que acaban por crucificarlo. Lo mismo que Job, Jesús experimenta un periodo de gran reconocimiento público. La multitud quiere hacer de él una especie de rey hasta el día en que, por mimetismo perseguidor, se vuelven contra su ídolo con la misma unanimidad que la comunidad de Job contra el suyo. La hora de la unanimidad violenta ha llegado, la hora de la soledad absoluta para la víctima: Los amigos, los parientes, los cercanos, los obligados, aquellos a los que Jesús ha ayudado m-as, aquellos a los que ha curado, aquellos a los que ha salvado, los discípulos más queridos se alejan de él y, al menos pasivamente, participan del desencadenamiento social"⁶.

Si hay un "momento católico", como titula Jean Luc Marion a uno de sus últimos libros, no es porque reclame un espacio en el mundo político para los católicos, ni porque sea el pegamento necesario en las sociedades rotas en mil pedazos para forjar una neo-identidad sobre valores católicos, ni porque tengamos un argumentario singular y atractivo sobre sociedad, economía, ecología, educación o política. Simplemente se trata de reclamar la posibilidad de vivir como católicos en un mundo que quiere declararse anticatólico, laicista y defensor de "ideas cristianas que se han vuelto locas" (Chesterton), pero en las que no cabe una idea de verdad, o de amor, al modo en que lo entiende la cultura cristiana.

[Los católicos tienen la justa pretensión de...] «... vivir adecuadamente; tener éxito en vivir, es vivir como Cristo vivió. Esto no se hace por virtud, heroísmo o manía, sino porque obviamente les parece la mejor manera de hacerlo. Tratan de comportarse como Cristo por un interés bien entendido. Sienten y, algunos, saben que se trata de una fuente segura, que sólo el amor entiende y que sólo el amor actúa, que sólo el amor comprende y que sólo el amor sabe. Por esta misma razón, hoy está surgiendo la posibilidad de un momento católico. Seamos claros:

⁵ René Girard, *La route Antique des hommes pervers*, p.233.

⁶ *Ibíd.*, 236.

este no es un momento en el que el mundo sería llamado a convertirse en católico (hipótesis ni sería ni deseable desde el punto de vista humano). Estamos entrando en un momento católico porque estamos entrando en un momento crítico, un momento en el que está en juego la posibilidad de una comunidad que implemente lo universal en la sociedad...»⁷.

Ha llegado la hora en la que todos abandonen a la Iglesia. Es el momento de acusarla de tener la culpa de su propia desgracia. Para la Iglesia es el momento de vivir en comunidad de verdad, porque va a ser acusada estereotípicamente de crímenes nefandos por su pretensión de decir lo que piensa al resto de la sociedad: todos aquellos modos de ver el mundo que vayan contra el pensamiento único, contra la cosmovisión post-ilustrada. Sus valores están trasnochados para esta sociedad, las que esgrimía como virtudes son consideradas ideas antisociales. No le vale presentar sus méritos en la caridad, en el cuidado de los pobres, de los enfermos, la atención a los descartados del mundo, el cuidado del planeta, la educación. Es el mismo argumentario que los amigos de Job. Aunque él insista en su inocencia, algo habrá hecho para que ahora le vaya tan mal. No le vale esgrimir sus virtudes. Según la teología vulgar lo que caracteriza a Job es su aguante, su paciencia en el sufrimiento, o su capacidad de diálogo. No, ni siquiera eso compensaría su rebeldía, su violencia, sus malas pulgas, sus lamentos. Ni siquiera sus obras de caridad, sus escuelas gratuitas en el tercer mundo, ni sus hospitales, ni su atención arriesgada a los enfermos que contagian, sirve para disculparla. ¿Qué es lo que está en juego para que su condena esté consumada por sus jueces implacables? Lo más patético es que desde dentro de la iglesia, como le pasa a Job con su mujer, la alianza con los enemigos -por una miedosa pretensión de querer agradar a la gente- nos arrastra a pensar como ellos. Se consideran santones que no son como el resto de la iglesia porque ellos no se han contaminado. No se les puede imputar connivencias con el mal. Están dentro de la esfera del mundo, es decir, de lo que el mundo considera como bien y verdad inapelables. En el fondo, para caer bien aceptan que Dios nos ha abandonado y que solo nos queda, para justificar nuestra vida de creyentes, ser buenos, como el mundo exige que seamos: mansos corderos, callados y encerrados en un redil particular. No alzar la voz y soportar estoicamente nuestro fracaso.

“De aquí la tendencia de los antiguos exégetas cristianos para fabricar un Job imaginario que pase por prefigurar a Cristo por su santidad moral, por sus virtudes, destacable por su paciencia, cuando en realidad Job es la impaciencia misma. Es fácil burlarse de la concepción cristiana de lo profético⁸”.

El santo Job es una etiqueta más del anticristianismo para presentar a este como resignación masoquista, como moral resentida de los malditos. Eso no es lo que hace que Job pueda ser considerado *figura Christi*. Es su derrota, como la de Cristo, lo que le hace aparecer como anticipación profética. Es el ser abandonado por todos.

«Lejos de ser demasiado ridículo para merecer nuestra atención como nuestros sabios se lo imaginan, la idea cristiana de que la derrota de Cristo se convierte en victoria, se encuentra ya realizada entre nosotros en el colapso de la cultura marxista-freudiana-nietzscheana, en la aguda crisis de todos los valores que la era post-cristiana creía oponer victoriosamente al cristianismo. La piedra rechazada por los arquitectos se ha convertido en piedra angular»⁹.

El querer seguir presentando a Jesús como un código moral de buena conducta es una vía muerta, y patética, para los enemigos del cristianismo. Es no haber entendido qué significa la

⁷ Jean-Luc Marion, *Brève apologie pour un moment catholique*, Grasset, París 2017, p.122

⁸ *Ibid.*, 243

⁹ *Ibid.*, 242

revelación de las cosas ocultas desde la fundación del mundo. Lo que verdaderamente preanuncia Job es la llegada de un *go'el*, de un Mesías que luchará contra los dioses de los perseguidores. «Anuncia al Cristo cuando revela el fenómeno victimario que se trama contra él, cuando él ataque el sistema de retribución y sobre todo cuando escape brevemente de la lógica de la violencia y de lo sagrado»¹⁰.

La Iglesia no puede caer en la trampa de ser reducida a una empresa de la caridad, moralista y compasiva. La ética racional puede hacer eso mucho mejor sin contaminación de sentimientos religiosos. La revelación no puede ser reducida a la acción de una excelsa ONG. Ni tampoco puede ser convertida en un hospital para refugio de aquellos a los que la vida ha tratado injustamente. Su papel en la historia es mucho más importante. Es acompañar a la humanidad a la plena comprensión de su ser en el mundo. Por eso *La ruta antigua de los hombres perversos* termina con una alusión a los dos textos más significativos de toda la Sagrada Escritura. En los Hechos de los apóstoles el eunuco de la reina de Candace venía a Jerusalén para que alguien le explicara las escrituras. “Se vuelve descorazonado porque no ha logrado averiguar quién podría ser el Siervo de YHWH del que habla el libro de Isaías, ese chivo expiatorio condenado injustamente que salva a la comunidad. Pero Felipe irrumpe y le explica que se trata de Cristo. Después de hacerse bautizar, el eunuco “prosiguió su camino feliz” (Hc 8, 26-40)”¹¹.

El otro texto con el que finaliza este increíble libro es el de los discípulos de Emaús. Sus ojos, como los de la humanidad estaban cegados para reconocer a Cristo. Pero este el trabajo que tenemos que hacer los cristianos: ponernos al lado de aquellos que tienen la pregunta, y escrutar con ellos lo que las Escrituras y los sucesos del mundo dicen de Él. La Iglesia está llamada a ser el siervo de YHWH en cada generación. Todo lo que no sea esto es prescindible. Cualquier otra acción será interpretada por el anticristianismo como negocio emocional, económico, o político en el peor de los casos. Su misión es hacer profecía de la historia. Todo lo que está pasando, incluso dentro de la propia iglesia es porque los hombres siguen a un ídolo, no siguen al Dios encarnado, *que ha venido a revelar las cosas ocultas desde la fundación del mundo*: es decir... que la mansedumbre de Abel, de Isaac, son la verdad que Cristo ha querido encarnar. Pero, atención, no solo. Tampoco se trata ahora de exaltar la mansedumbre como una nueva virtud a cumplir por la pobre humanidad. No es la mansedumbre la virtud característica de todos los que han muerto anticipándose a Cristo, de todos aquellos que le precedieron en lapidaciones, decapitaciones o crucifixiones. Lo que Cristo ha venido a revelar es que no hay otra salida para la humanidad que el amor al enemigo, el Siervo de YHWH. Esto es, que el otro sea antes que yo en el orden del ser. Lo que, a lo largo de los siglos, en lenguaje teológico, llamábamos entrar en la esfera de la auténtica caridad: vivir en el seno de la comunión trinitaria dándonos unos a otros para que el mundo viva. ¿Será posible? Con toda seguridad. Cuando nos veamos abocados a tener que resolver el dilema sórdido que nos ha planteado la venida de Cristo obligándonos a decidir entre Barrabás -la violencia desatada en todos los órdenes- y el Logos del Amor, el Siervo de YHWH.

¹⁰ *Ibíd.*, 243

¹¹ *Ibíd.*, 245